

Mensaje 2 / 2010-2016
del Consejo General de los Misioneros del Espíritu Santo
CRISIS ECONÓMICA, CRISIS ÉTICA

A nuestros hermanos los Misioneros del Espíritu Santo
A nuestras/os hermanas/os bautizadas/os de nuestras plataformas de pastoral
A nuestros hermanas/os de la Familia de la Cruz, con quienes compartimos una misma
Espiritualidad

Querido hermano / Querida hermana:

Que Jesucristo te comparta su deseo de construir un mundo mejor y eso te impulse a la solidaridad y al servicio.

Este tiempo hemos asistido a la última crisis de un largo encadenarse, por lo menos en los últimos 25 a 30 años, una crisis con otra. Esta última es la más inesperada y, ahora que sucedió, aparece como claramente predecible. Las economías del bienestar (economías desarrolladas, países ricos, buena educación, que gozan de altos niveles de institucionalización) están quebradas. No son capaces de pagar lo que deben.

Unas pocas cifras para visualizar el tamaño de su deuda. El producto interno bruto (PIB) de un país es: el valor monetario de la producción de bienes y servicios de un país por un período determinado. Estados Unidos debe el 100% de su PIB, Japón el 229, Grecia el 142, Italia el 120, Irlanda el 100, Bélgica el 97, Portugal el 93, Francia el 82 y España el 62%.

Estamos hablando de Estados Unidos, la mayor economía a nivel mundial; de Japón, la tercera, y del mercado común Europeo, la cuarta, que tiene, en este caso, el agravante de que todos los países asociados tienen que salir juntos, pues usan una sola moneda en común.

Ante poblaciones que se avejentan y demandan un mayor gasto en salud y en pensiones, ante los hinchados costos de protección social y de gasto militar, las economías se desbordan con un ahorro nulo para enfrentar las demandas de su población.

En la década de los noventa eran los países como México, Brasil, Argentina los causantes del efecto tequila, samba... Ahora son las grandes economías.

A este largo eslabonarse de crisis financieras, los mecanismos propios de la economía para equilibrarse han demostrado ser inútiles. Cuando todo se ha fiado a la

capacidad autorreguladora del mercado, la economía se ha colapsado, y cuando todo se ha fiado a la capacidad reguladora del Estado, la economía también se ha colapsado.

No pueden servir a Dios y al dinero (Mt 6,24). Con mucha frecuencia las palabras de Jesús son asumidas por nosotros como invitaciones para la conversión personal. Pocas veces las leemos como invitaciones a una conversión social y cultural. Si además la conversión personal nos es tan fatigosa y lenta, la conversión de toda la estructura social en que nos movemos, nos parece más bien algo inalcanzable, pues, para lograrla, tenemos que luchar contra mecanismos gigantescos, sumamente complejos, frecuentemente incomprensibles para la mayoría de nosotros.

No obstante eso, la palabra de Jesús, *viva y eficaz, que penetra hasta la raíz misma* (cf. Hb 4,12) del individuo o de la sociedad, sigue siendo *lámpara para nuestros pasos* (Sal 119,105) y hoy resuena diciéndonos: *no pueden servir a Dios y al dinero*.

Toda ama de casa mínimamente sensata lo sabe: seas pobre o seas rico, si gastas más de lo que ingresas no puedes tener una economía sana.

¿Por qué los pueblos gastan más de lo que ingresan? Por la dinámica interna de sus deseos que, exacerbados por una cultura del consumo, se sitúan en el centro de la realidad, prescindiendo de todo lo demás que hace feliz y pleno al ser humano y que no sea útil para satisfacer esos deseos en el corto plazo. Para eso, hace falta dinero.

Se forma así un círculo vicioso profundamente deshumanizador: los pueblos presionan por el bienestar sobre todo material, el comercio presiona para vender y así promueve el consumo, y los políticos, que frecuentemente atienden solamente el corto plazo y están directamente involucrados en las esferas del poder y de la corrupción y, por lo mismo, no cuidan las consecuencias en el mediano y largo plazo. Entre los tres, (los pueblos, el comercio y los políticos) terminarán generando un endeudamiento artificial que irresponsablemente hereda el pago a las siguientes generaciones.

Bienestar, dinero, consumo se convierten en la realidad que ocupa la totalidad de la visión. Cuando, además de eso, el rasgo cultural mayoritario es que, para vivir la vida no hace falta Dios (nuestro secularismo occidental), la única realidad es ese bienestar gozado o anhelado. Entonces el concepto de realidad se distorsiona, pues se le amputa la realidad fundante y, por lo mismo, decisiva, que es Dios.

La experiencia del día a día nos lo grita: si se excluye a Dios del horizonte se falsifica el concepto de realidad y, en consecuencia, solo se puede terminar en caminos equivocados y recetas destructivas.

Sólo quien reconoce a Dios, comprende la realidad y puede responder a ella de modo adecuado y realmente humanizante. La ética sería esa capacidad de construir a las personas individuales y a la sociedad de manera adecuada, es decir, realmente humana. Es ético lo que en verdad realiza a un ser humano.

Una sociedad en la que Dios está ausente no puede encontrar el consenso necesario en torno a los valores morales ni la fuerza para vivir según la pauta de esos valores, aun contra sus propios intereses.

La dimensión ética no es, por lo mismo, algo exterior a los problemas económicos. Es una dimensión interior y fundamental. Ni la autorregulación del mercado ni la intervención del Estado bastan, pues la economía tiene necesidad de una dimensión ética para que esté al servicio del hombre y no del consumo y de una propuesta de bienestar que, además, se empobrece reduciéndose a lo material.

El hombre debe estar en el centro de la economía; por eso, la economía no debe ser el bien absoluto ni medirse según el máximo beneficio, sino según el bien de todos. Esto es, la economía solo funciona bien si funciona de manera humana, y para que eso pueda darse exige la responsabilidad de cada uno de nosotros: responsabilidad mía frente a mí mismo, responsabilidad del otro, responsabilidad con la propia nación y cultura, responsabilidad con el mundo, responsabilidad con quien sufre y con quien no tiene futuro; responsabilidad ante Dios. La crisis financiera mundial no es principalmente económica (al ser diagnosticada así es engañosa), es *una crisis ética*.

Por eso, para nosotros, Misioneros del Espíritu Santo, qué hermosa es desde esta perspectiva la primera línea de acción de nuestro último Capítulo General, que detalla un modo de vivir la totalidad de nuestra vida y que, de lograrlo como individuos y comunidades, sería, en medio de la sociedad en que vivimos, una luz pequeña pero inextinguible y llena de sentido y esperanza:

Revitalizar nuestra experiencia de Dios, para que nuestro estilo de vida personal y comunitario sea transparencia de radicalidad evangélica en el modo pobre de vivir, en la solidaridad con los que sufren y en la audacia de situarnos proféticamente en la Iglesia y la sociedad.

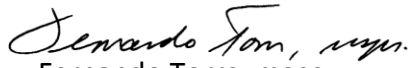
¿Qué leemos en esta primera línea de acción del Capítulo General, si la vemos desde la perspectiva de que esta crisis es una crisis ética y no fundamentalmente financiera?

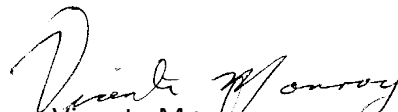
Leemos que «el modo pobre de vivir» y «la solidaridad con los que sufren», como expresión de una opción libre y no de un condicionamiento social, indican que es posible al ser humano realizarse con plenitud y alegría fuera del consumo, y que la felicidad no es sinónimo del bienestar que ofrece la sociedad de consumo.

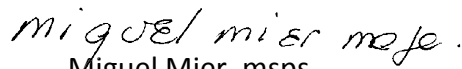
Que esto responda además a una viva, ilusionada y gozosa relación personal y comunitaria con Dios, es señalar que la realidad leída desde Él puede ser lugar de humanización personal y armónica convivencia social. Es responder con un planteamiento ético a una crisis no solo económica. Leer la realidad así y vivir en consecuencia es ser místicos y profetas.

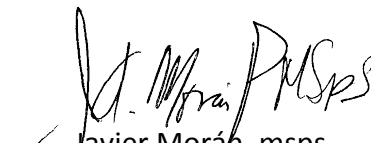
Y a ti, con quien compartimos el deseo de ser Jesucristo, Sacerdote y Víctima, en medio de nuestro mundo, te invitamos a valorar con verdad: ¿cuáles son tus deseos profundos?, ¿cuál tu complicidad con el consumo como fuente de bienestar?, ¿en dónde has cifrado tu búsqueda de la felicidad?

Cuenta con nuestra oración. Tus hermanos del Consejo General:


Fernando Torre, msps.
Sup. Gen.


Vicente Morán, msps.


Miguel Mier, msps.


Javier Morán, msps.

15 septiembre 2011